

#### PRIMERA EDICION.

El parte del ministro de la Guerra relativo á las partidas carlistas que hoy publica la *Gaceta*, dice así:

«De la faccion carlista que se presentó en Cataluña hacia la parte de Vich, y que fue dispersada instantáneamente por las tropas que operan á las órdenes del general Baldrich, muchos se han presentado á indulto, y otros se han retirado á sus casas en vista de la activa persecucion que se les hace.»

La noticia de la entrada de Estartús y Benavente por la frontera capitaneando una faccion ha resultado falsa.

De la faccion Polo se sabe que sigue perseguida con direccion al Castañar. Es la única partida que hasta ahora ha podido sustraerse á la activa persecucion de las columnas, merced á las condiciones del terreno, de que es conocedor el cabecilla que la capitanea.

La faccion Puerta, levantada en Guadalajara, se ha dispersado al ir á darle alcance una de las columnas que la perseguían; habiéndose presentado á indulto con sus escopetas, únicas armas que llevaban la mayor parte de los individuos que la componian, entre ellos un titulado jefe.

En las provincias de Valencia y Castellon han aparecido algunas partidas mal armadas. De ellas se ha presentado á indulto la de 36 hombres, incluso el cabecilla Silvestre Navarro, organista de Sueca, que se levantó en Pinar del Grao, término de Alceira.

En Villa-Real (Castellon) fueron aprehendidos 87 individuos en el momento mismo en que dieron el grito de rebelion.

En Vilar del arzobispo se levantó una partida facciosa, que fué batida en el acto y arrojada del pueblo por un oficial de la guardia civil con solo tres guardias y algunos voluntarios de la Libertad, causándole algunos heridos. Los voluntarios de los pueblos inmediatos salieron seguidamente en persecucion de los facciosos.

Las partidas carlistas, tan pronto levantadas como disueltas por la persecucion de las tropas ó por acogerse á indulto los individuos que las componen, no hacen frente en parte alguna á nuestras columnas; huyen en todas direcciones al divisarlas; y mal dirigidas y peor armadas, mas que á un plan general, parecen obedecer al compromiso contraido

en cada localidad con los que desde algun tiempo vienen escitándolos á la rebelion.

En los demás puntos de la Península no ocurre novedad.»

Hoy publica la *Gaceta* el decreto del ministerio de Hacienda, aprobando la instruccion provisional para el establecimiento y cobranza del impuesto personal, sin perjuicio de consultarlo oportunamente al consejo de Estado.

Tambien publica la citada instruccion, segun la cual el nuevo impuesto lo pagarán todos los individuos de ambos sexos mayores de 14 años, sin escepcion de clase ni fuero, menos los pobres de solemnidad y los penados mantenidos de fondos publicos.

Las diferentes clases de jefes, oficiales y tropa del ejército activo, con las de la guardia civil, carabineros y cuerpo general de la armada, contribuirán al impuesto de que se trata por la cantidad anual que se fije en el citado repartimiento, la cual será á menos distribuir entre las provincias.

La unidad para fijar la cuota es un dia de haber por cada contribuyente, despues de deducidas las cantidades con que tribute por cualquier otra contribucion directa.

A las clases cuyos haberes son eventuales se les computará, como haber diario para tributar, la mitad del que ganen ordinariamente como jornal, salario ú otro análogo.

Las cuotas de los contribuyentes se formarán con tantos dias de haber iguales en número para todos los contribuyentes de la localidad respectiva, cuantos sean necesarios para cubrir el cupo y recargos correspondientes á la misma. La suma total que el tesoro percibirá, ha de ser de 150 millones de reales, sin los recargos.

Por el ministerio de Gracia y Justicia se publican hoy en la *Gaceta* los decretos por los cuales se declaran cesantes á los Sres. D. Antonio de Padua Romero Giner, presidente de sala de la audiencia de Sevilla, y á D. Francisco Auriolas y D. José Antonio Lara, magistrados de la misma audiencia.

Admitiendo la renuncia del magistrado de la audiencia de Barcelona D. Antonio Trujillo.

Idem id. al de la de Valencia D. Joaquín Martínez Lopez de A yala.

Trasladando á D. Diego Fernandez Cano, presidente de sala de la Coruña, á igual plaza en Sevilla.

Idem á D. Juan Miguel Burriel, magistrado de Valencia, á igual plaza en Barcelona.

Idem á D. Juan Vega Ballesteros, magistrado de Albacete, á igual plaza en Sevilla.

Idem á D. Francisco Ripa, magistrado de Barcelona, á igual plaza en Valencia.

Idem á D. Cristóbal Perez Comoto, magistrado de Cáceres, á igual plaza en Valencia.

Nombrando presidente de sala de la audiencia de la Coruña, á D. Eugenio Díez, presidente que ha sido de la de Burgos.

Id. magistrado de la audiencia de Barcelona á D. José Agustín Magdalena, juez de primera instancia de término.

Id. magistrado de la audiencia de Sevilla á D. Feliciano Laberon, magistrado cesante.

Id. id. de la audiencia de Albacete á D. Angel María Vela.

Id. id. de la audiencia de Cáceres á don Facundo Maria de Soto.

Por un decreto del ministerio de Hacienda se fija y aprueba el cupo total que para el Tesoro deberá dar cada provincia por el impuesto personal hasta formar la suma de 15 millones de escudos á que ascenderá el producto de dicho impuesto.

Hoy publica la *Gaceta* un decreto del ministerio de Fomento nombrando ordenador general de pagos del mismo ministerio á D. Enrique de Cisneros, jefe de seccion que era en el ministerio de Ultramar.

Las observaciones meteorológicas de ayer son las siguientes:

Horas.	Altura barométrica.	Termómetro.	Direccion del viento.	Estado del cielo.
6 m. a. m.	704.61	17.7	N. E.	Cubierto.
9 idem.	705.32	21.3	S. E.	Idem.
12 idem.	705.35	21.1	S.	Idem.
3 tarde.	706.23	21.1	S.	Idem.
6 idem.	706.79	19.2	S.	Id. lluvia.
9 noche.	708.72	15.9	S. O.	Idem id.

Segun los partes recibidos, ayer llovió en Avila, Cáceres y Segovia.

#### SEGUNDA EDICION.

Leemos en un periódico: «La actitud que ha adoptado la cámara hereditaria de Portugal, protestando energicamente contra todo proyecto de union ibérica, nos dice de Lisboa que ha hecho difícil la situacion de nuestro embajador en aquella capital, por cuya razon parece se ha decidido á pedir al gobierno del Regente se digne relevarlo del cargo de que se halla investido.»

La *Independencia española* dice hoy: «Es sabido lo que encantan á Napoleón III las deliciosas y pintorescas márgenes del caudaloso Rhin, y que no cesa de llevar hacia ellas sus miradas carifiosas; pues bien, en una de dichas miradas, acaba el democrata coronado de percibir al conde de Bismark dirigiendo su vista por entre un deocomunal anteojo hacia las fronteras de España, investigando, al parecer, cuáles son los puntos mas accesibles para penetrar en la Francia: esto le ha horripilado, y dicese que le ha hecho desistir de proteger por mas tiempo á isabelinos y carlistas. Pero es el caso que si bien en cuanto á la espulsion del Tercero no hay dificultades, se halla contrariado por la emperatriz, decidida como está en que se case Alfonso con su sobrina, la hija de la difunta duquesa de Alba, y conseguir por este medio el entronque de la casa de Montijo con la de los Borbones.»

Los capitanes de las compañías tercera, cuarta, sétima y octava del segundo batallon de artillería de voluntarios de la Libertad invitan á los individuos que gusten pertenecer á dicho batallon se sirvan pasar á los puntos siguientes: tercera, Toledo, 36, tienda; cuarta, Duque de Alba, 24, tienda; sétima, Espíritu Santo, entresuelo izquierda; octava, Carmen, 27, tienda.

El *Popular* dice que segun noticias fidedignas Sabariego se halla en la provincia de Toledo al frente de una numerosa partida.

Creemos que nuestro colega da una veracidad á esta noticia que no tiene, porque la verdad es que no hay antecedente alguno que la haga verosímil.

Leemos en la *Iberia*: «Parece que no habiendo dado hasta el

dia buenos resultados las partidas clericales y las conspiraciones de sotana, la gente gorda del absolutismo consagrará de hoy en adelante toda su inteligencia á favorecer los movimientos demagógicos del más exagerado republicanismo. Muy pronto los carlistas se pondrán la careta de republicano; se lanzarán á los clubs y á las manifestaciones contra el gobierno, acusándole de poco liberal, de reaccionario; predicarán el derecho de insurreccion; invocarán con fervor los derechos individuales, y en los periódicos darán á luz teorías que dejarán atrás á las de Saint-Simon y Robespierre.»

Un periódico ha oido decir que el señor Fernandez de los Ríos pensaba pedir dos meses de licencia para venir de la legacion de Lisboa á pasar una temporada en su casa en la provincia de Santander.

Dice la *Iberia*: «Los reaccionarios se pasean por la frontera como Pedro por su casa, sin que las autoridades francesas les opongán el menor obstáculo.»

Protestamos con toda nuestra energía contra la política del emperador Napoleón, empeñado en favorecer á los enemigos de España, á los que, no contentos con haberla envilecido y arruinado, tratan de sumirla en los horrores de una lucha fratricida; y llamamos muy encarecidamente la atencion del gobierno para que adopte en este asunto las disposiciones oportunas.

Hora es ya de que sepa el sobrino del derrotado en los campos de Bailén, cuán digna de respeto debe ser la España de Alcolea, la nación que ha sabido llevar á cabo una revolucion tan digna y sin igual en los fastos de las naciones europeas.»

El *Continental del Pueblo* dice: «Ya no es un secreto el proyecto fraguado en el vecino imperio para llevar á cabo la restauracion en la persona de doña Isabel.»

Los carlistas son el instrumento inocente que servirá de base para crear una situacion difícil en España; y cuando llegue este caso, que esperan sea pronto, (antes de la reunion de las Cortes), realizar una intervencion que llevará á cabo el emperador Napoleon con el acuerdo de las naciones de Europa.

bre. Siempre me olvido que sois el señor de Flars-Montgory.

El marqués fingió una sonrisa.

—Venís, pues, de la embajada?

—Sí, S. E. debía conferirme hoy las insignias de la orden de... —Ah! es justo. He visto vuestro nombramiento en los periódicos.

—Pero, se apresuró á añadir el marqués, —S. E. ha estado muy malo esta mañana. Mi audiencia se ha trasladado.

—¿Estáis en buena anuencia con el embajador?

—Ya lo creo.

—Te vez podáis hacerme un servicio.

—Estoy á vuestras órdenes...

—Pues bien, aguardad, —dijo el hombre á pie que abrió la portezuela y se sentó junto al señor de Flars, que no se atrevió á negarse á ello, —voy á ponerlos al corriente de nuestros negocios.

—Hablad, baron.

—Pero antes, ¿dónde vamos?

—Yo me iba á mi casa.

—Diabli! me dispensaréis si no os sigo hasta allí: la señora viuda de Mort-Dieu, mi ex-madrasta, hoy vuestra legítima esposa, me tiene un gran horror.

—Cocheiro, —dijo el señor de Flars, que bajó los cristales del coche, —marchad al paso.

El coche se puso en movimiento.

—¿En qué puedo servirlos? —preguntó marqués.

—Vos podéis recomendarlo al embajador.

—¿Querais entrar en la diplomacia?

—No, —dijo el baron, —quiere volver á tomar servicio en el extranjero. Cuando me he comido el millon que sabeis, lo que no ha sido largo, he aceptado la charretera de capitán en el ejército turco. El sultán me ha privado de su favor y me he venido apresuradamente para evitar el cordón que un mudo os presenta sobre una bandeja de plata sobredorada.

—¿Y ahora querriais...?

—Entrar en el ejército del reino de... que va á hacer la guerra á Méjico.

—Pues bien! —dijo el Sr. Challambel, marqués de Flars-Montgory, —contad conmigo. El embajador no puede negarme nada. Os haré nombrar coronel.

—Gracias!

El señor de Flars, á quien el encuentro del baron de Mort-Dieu no encantaba mucho, se preparaba á darle la mano, esperando que iba á bajar y á dejarle.

—¿Sois dichoso, marqués?

—Muy dichoso.

—Sois rico, es verdad.

—Muy rico.

—¿Vuestra ambicion está satisfecha...?

—Mas allá de mis deseos; pero no consiste en eso mi única felicidad. Amo á mi mujer y soy amado de ella. Tengo dos hijos que idolatro... Y, —añadió el marqués con el egoismo del hombre á quien todo sonríe, —mi esirella es tal, que hace un momento he salido sano y salvo de mi carruaje destrozado, que habiendo llevado demasiado tarde á la embajada, lo que era una falta imperdonable...

—¿Habeis sabido que vuestra audiencia se habia aplazado?

—Precisamente.

—Marqués, —dijo gravemente el baron —¿un pensamiento de terror no se ha apoderado jamás de vos en medio de vuestra felicidad?

—¡Jamás!

—¿Creeis en Dios?

—Como un hombre un poco... escéptico.

—¿Creeis en la pena del Talion, aplicada por la casualidad?

—La casualidad es una palabra.

—Pero ¿qué! —dijo el baron, —¿habeis perdido el recuerdo de lo pasado?

—Sobre poco mas ó menos.

—¿Cómo! ¿No sabeis ya á qué precio habeis comprado vuestra felicidad?

Y una sonrisa burlesca, que apareció en los labios del baron, hizo estremecer al señor de Flars.

—Sois ingrato, marqués.

—¡Ingrato!

—¿En qué?

—¿Habeis olvidado á los compañeros de la España?

—Trato de hacerlo; y á fé mia, os lo confieso, ¡lo consigo!

—Es decir que ni la sombra del señor de Verne, ni la del marqués de Montgory, ni la del baron de Ruvigny, ni aun la de aquel pobre Gontran, que así mató á puñaladas por servir á la causa común, nos han quitado el sueño?

—¡A fé mia, no he sido yo quien los ha muerto!

—Es verdad; pero los han muerto por causa vuestra.

—¡Vaya, vaya! —dijo el marqués, —soy demasiado feliz para tener remordimientos.

El baron movió la cabeza.

—¿Sabeis cuántos trames, marqués?

vaba las huellas de un dolor inmenso y fatal... Y yo, amigo mio, sentí en el mismo instante que una cuerda muda hasta entonces se despertaba, se estremecía, vibraba en el fondo de mi corazon; que el afecto que yo os profesaba no era amor; que yo, la pervertida, la pecadora con los ojos brillantes, la frente alta, no habia amado aun, y que yo amaba por la primera vez...

«Al dia siguiente, milord, —continuó Fulmen despues de algunos minutos de silencio, durante los cuales lord G... permaneció pensativo, con la cabeza inclinada y los ojos llenos de lágrimas. —Al dia siguiente recibisteis de mí una carta de despedida acompañada de un cofrecillo.

«Aquel cofrecillo contenia mis diamantes, mis títulos de renta y de posesion, todo lo que me habiais dado.

«No conservaba para mí sino algunos miles de francos procedentes de mis honorarios de la Opera.

«Pero vos, como verdadero gentilhombre, me volvisteis á enviar todo aquello con un simple billete. Aquel billete no encerraba ni reprimendas ni reconvecciones. «Quedaos con todo, querida Fulmen, me deciais, y puesto que he muerto en vuestro corazon, no negueis á un pobre difunto el que os legue esta modesta herencia.»

Al pronunciar estas últimas palabras, Fulmen tendió la mano á lord G...

—Todo lo he guardado, —dijo, —porque no me hubiera atrevido á ofender al hombre á quien todo lo debía. Pero aquel dia he hecho juramento de no volver á tocar á aquella fortuna de que yo era indigno, de acumular las rentas y de restituir las un día á vuestros herederos.

—¡Ah! —dijo el inglés, —vos estais loca...

—No, milord, yo he podido ser una criatura loca, pero he continuado siendo mujer honrada. Esos dones que yo hubiese aceptado sin remordimiento para mí misma, podria emplearlos en proseguir la conquista de un hombre á quien yo amaba y que no érais vos.

Al inglés se le escapó un gesto de admiracion.

—Tened, —dijo, —vais á comprenderme. El hombre que yo amaba, milord, el hombre que, ¡ay de mí! yo amo todavía, milord, está amenazado de muerte. Enemigos poderosos, terribles, desconocidos, le rodean. Un solo ser puede

protejerle; ese soy yo. Y para que esa proteccion fuese eficaz, para que yo pudiese sostener la lucha y vencer, sería necesario oro, mucho oro y vos debéis comprender que no podia servirme de vuestro.

—¡Fulmen!

—Entonces, he venido aquí, he desaparecido de la sociedad y me he resignado á una vida pobre, oscura, á fin de poder emplear en sostener esta lucha estraña y misteriosa los cincuenta ó sesenta mil francos que ganaba en el teatro.

«El inglés dió un grito:

—¡Ah! Fulmen, —dijo echándose á sus piés, —sois la mas noble de las mujeres y doblais mis disgustos, yo deberia decir mi desesperacion.

Fulmen le obligó á levantarse.

—Milord, —dijo, —¿queriais escuchar-me?

—Hablad.

—¿Ser mi amigo?

—¡Si quiero serlo!

—Pues bien! puesto que me echais de menos, puesto que la desesperacion se ha apoderado de vuestro corazon el dia en que dejado de pertenecer... tal vez la esperanza volverá á él si sois mi amigo.

Lord G... tomó las manos de Fulmen entre las suyas y las cubrió de besos.

—Pues bien, —continuó, —porque sé que tenéis un gran corazon, que sois un verdadero gentilhombre, un alma realmente caballeresca, es por lo que me he dirigido á vos, que me he atrevido á penetrar en medio de aquellos locos y locas, entre los cuales tratábais de aturdir vuestro dolor, y que atrevidome á apelar á mi antiguo ascendiente sobre vos, os he arrancado de entre ellos y os he conducido aquí.

—Y habeis hecho perfectamente, —dijo lord G... —porque siempre os pertenecio en cuerpo y alma.

—¡Tened cuidado! —dijo Fulmen con una sonrisa triste, —quizás no sabeis lo que voy á pedirlos.

—Lo advirco, —dijo lord G... —y voy á contestaros antes que me hayais hablado.

Entonces el noble lord hincó una rodilla delante de Fulmen y dijo:

—Hija mia, yo he sido un loco en pensar que pudieseis amar con pasion á un hombre como yo, cuyos cabellos están blancos y para el cual hace tiempo que ha sonado la hora de la edad madura.

De esta manera los isabelinos, sin espionaje, esperan lograr el triunfo y vengarse de carlistas y liberales, sus naturales enemigos.

Con las noticias anteriores coinciden las del Certamen, el cual dice que los planes de los isabelinos desearían exclusivamente en producir y sostener en España el estado de alarma, echando mano de carlistas y falsos republicanos para que lo prolonguen.

Dice la Política: «No vacilamos en decir que la única candidatura popular en la gran masa monárquico-revolucionaria de la nación es la del duque de Montpensier. Algunos hombres de la política militante, algunos periodistas, algunos oradores podrán haber creado cierta atmósfera artificial y pasajera contra esta solución, que desde setiembre y desde antes de setiembre estaba en la conciencia de todos los que querían salvar la idea monárquica en el catástrofe revolucionario; pero el país, los políticos pasivos, los liberales sensatos que no lo son de profesión, las gentes que viven en sus casas y en sus negocios, las paz, que clases conservadoras, los amantes de la sacrificación gustosos temporalmente con tal de sacudir el vergonzoso despotismo de doña Isabel II, esos no ven otro desenlace práctico, serio, razonable de la cuestión dinástica que el entronizamiento del duque de Montpensier.»

«Será mas nacional ir a Italia, a Alemania ó a Inglaterra en busca de tal ó cual adolescente, ignorante de nuestra lengua, extraño a nuestras costumbres, desconocedor de nuestro país, para que venga a ensayar entre nosotros si es bueno ó malo, si es torpe ó discreto, si es liberal ó retrógrado, luego que llegue a la edad en que se fijan las ideas y las pasiones de la mente y en el corazón de los humanos?»

La Epoca dijo anoche: «Aunque nada se dice hoy sobre la partida de Estarús, todas las personas que tienen correspondencias de la frontera aseguran que es indudable la entrada en España de aquel antiguo cabecilla, si bien se cree que la partida sea menos numerosa de lo que se había anunciado en un principio.»

Las Novedades cree que efectivamente ha estado estos días en Madrid un personaje moderado, como dijo otro periódico y añade que ese personaje ha tenido algunas entrevistas con otro que ha figurado bastante en política, que ha sido director y propietario de un periódico, senador y gran cruz. Este personaje es el encargado de dirigir la gran obra de la fundación del periódico que ha de ser el paladín de la restauración; y, aunque oculto detrás de la cortina, será el inspirador del citado periódico, ya que no el director oficial, pues esta plaza la des-

empeñará un antiguo periodista que acaba de hacer una escursión por Francia. Parece ya están encargadas las máquinas y demás útiles de imprenta, y todo hace presumir que la publicación empezará en el próximo mes de setiembre.

El Pueblo dice que habían llegado a la frontera cuatro caballos y otros efectos del equipaje de D. Carlos

Un suscriptor de la provincia de Palencia refiere al Pueblo la prision del cabecilla Balanzategui de la manera siguiente:

«Parece ser que el comandante de la guardia civil de la provincia, jefe de la columna que batió y dispersó la partida que mandaba aquel cabecilla, alojó sus tropas, despues de haber causado la derrota a los carlistas, en varios pueblecillos de la montaña y destinado cuatro ó seis individuos a la casa de cada cura. En la del párroco de Valcobocho se alojaron cuatro guardias con el sargento Centeno. A la una de la madrugada se presentó Balanzategui, que ignoraba esta circunstancia, a llamar a la puerta de la citada casa, respondió el sargento con un ¿quién va? a lo que le contestó aquel, voluntarios de Carlos VII. Bien venidos sean, replicó Centeno, y abriendo la puerta, entró por ella el cabecilla, aunque armado.

Al ver y reconocer a los guardias retrocedió unos pasos, pero recobrando luego su serenidad, y comprendiendo la inminencia del riesgo que corría, les ofreció el reloj y cuatro mil reales que llevaba: el sargento contestóle: no hay oro para comprarne, y aclo continuo le hizo preso y le entregó a su jefe el señor Canseco, el cual dispuso que fuera fusilado, como así se verificó a las seis de la mañana.»

Leemos en el diario inglés Bridgeport Standard los siguientes curiosos detalles sobre la velocidad en los disparos de las nuevas armas que se cargan por la recámara:

«En el ensayo verificado en el establecimiento de la Union Metalle Cartridge Company, situado en East-Bridgeport, el Sr. J. M. Wentworth, inspector de la fábrica de armas Providence Tool Company (Estados-Unidos), hizo con un fusil Peabody 15 disparos en 28 segundos, y el Sr. W. W. Pettengil, inspector de la referida fábrica de cartuchos, disparó en 12 segundos 15 tiros con el fusil repetidor Henry Winchester, estando lleno de cartuchos el recipiente ó capacidad del arma. Ambos ensayos se hicieron sin apuntar.

Estimándose en 38 segundos el tiempo empleado para introducir los 15 cartuchos en el recipiente del arma repetidora Winchester, resulta que la velocidad de tiros comparativa entre los citados dos fusiles, ha sido de 32 disparos

por minuto con el Peabody y 31 con el de Henry Winchester, siendo increíble que se llegue a un resultado superior en cuanto a rapidez.»

El fusil Peabody es de los mejores que se han inventado.

Los estados-Unidos, que han sostenido una lucha gigantesca contra el Sur, armaron sus legiones, en su mayoría, con este instrumento mortífero; nuestros soldados de la isla de Cuba hacen var sus prodigiosos efectos contra los insurgentes; varios Estados de Europa lo han aceptado como arma reglamentaria en sus ejércitos.

En cambio España, dice un colega, se ha fijado en otros sistemas para sus ensayos en grande escala; y a pesar de no ceñirse aquí la bandid y los terribles efectos del fusil Peabody en repetidas experiencias hechas dentro y fuera de nuestro país, ha sido postergado a otros sistemas inferiores, por motivos que ignoramos.

El diario carlista la Legitimidad anuncia hoy que suspende su publicación por unos días y solo para hacer un arreglo en lo concerniente a su parte administrativa. Como despedida publica un artículo de esas que se llaman de efecto, y que con efecto no causa ninguno por mas que se dirija a causarlo. El artículo termina con el siguiente párrafo: «¡Calma y prudencia! Ya no es muy exacto decir porvenir a lo que está tan próximo, que casi se toca con la mano. La hora ha sonado, y el triunfo es tanto mas digno de regocijo, cuanto que costará poco y no habrá lágrimas por parte de nadie.»

La Reforma dice hoy: «El Consejo de ministros celebrado ayer se ocupó de la importantísima cuestión de los preladados.

En vista del acuerdo al parecer unánime de todos ellos, de negarse a cumplir la orden del ministerio de Gracia y Justicia, que les prescribió la publicación en el término de ocho días de una letra a los párrocos para que se atengan al cumplimiento de su sagrado ministerio, una vez que ha trascurrido el plazo que vence hoy, sin el cumplimiento de esta orden, el gobierno se propone adoptar con el clero una línea de conducta tan digna y enérgica como hacen indispensable la dignidad de la revolución y la indigna conducta de los hombres que por su carácter debieran ser ejemplo vivo de mansedumbre y de recogimiento.»

En las inmediaciones de Salamanca vaga una partida de siete hombres, que ha cometido ya varios robos.

De Toledo salieron ayer el presbítero Duenas y otros dos de la partida para Torrijos, donde han de ser juzgados.

Una periódica dice que ha corrido el rumor de que el cabecilla Sabariego ha estado en Madrid estos días.

No ha resultado cierta la noticia que dió un periódico de un desafío entre el Sr. Morel y Prandergast y un coronel carlista.

Los 15 millones de escudos que ha de producir para el Tesoro el impuesto personal, han sido repartidos entre las provincias en la medida siguiente:

Table with 2 columns: Province and Amount in escudos. Includes entries for Albacete, Alicante, Almería, Avila, Badajoz, Barcelona, Burgos, Cáceres, Cádiz, Castellón, Ciudad-Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Gerona, Granada, Guadalupe, Huelva, Jaén, León, Lérida, Logroño, Lugo, Madrid, Málaga, Murcia, Orense, Oviedo, Palencia, Pontevedra, Salamanca, Santander, Segovia, Sevilla, Soria, Tarragona, Teruel, Toledo, Valencia, Valladolid, Zamora, Zaragoza, Islas (Balears), Islas (Canarias), and a Total of 14,826,337.

Cupo correspondiente a la fuerza activa de los diferentes cuerpos é institutos de ejército y armada... 173463

Total escudos... 15,000,000

La Crónica de Cataluña publica la siguiente carta acerca de las últimas operaciones...

razones de las tropas del general Baldrich.

«Villadrau, 9 de agosto de 1839, a las ocho de la noche. Esta mañana a las siete hemos salido de Vich con dirección a las Guilleras, pues parece que el general Baldrich ha sabido que en la noche pasada se habían levantado carlistas de varios pueblos de esta comarca y debían reunirse en algún punto de los muy accidentados terrenos que en este país se conocen con el indicado nombre de las Guilleras.

Componían la columna siete compañías de Béjar, cuatro de voluntarios del segundo batallón Francos de Cataluña y dos secciones de caballería, todos al mando del general.

A cosa de las nueve y media empezamos a encontrar el terreno bastante accidentado, y no tardamos en oír algunos disparos, que a no dudar habrán hecho algunos plantones que los noyales carlistas tendrían convenientemente apostados para que vigilasen por su seguridad.

Pronto dispuso el general que dos compañías saliesen flanqueando por una vereda de nuestra izquierda, y poco despues se separaron las dos restantes por otra de nuestra derecha, mientras nosotros avanzábamos por el centro, que es camino de herradura poco practicable, y serpentea por lo mas profundo de los vertientes.

Los de nuestra izquierda no tardaron en encontrar vestigios de los sublevados en una rectoría, pues hallaron mucha comida abandonada, que ellos han aprovechado; pero al continuar la persecución, el guia de los voluntarios desorientó a éstos, guiando por distinta vereda a la que seguían los carlistas, los cuales, apercibidos sin duda de ello, hicieron alto despues, creyéndose seguros, en un frondoso valle a pocos pasos de una casa llamada Sabatés y como a un kilómetro de la iglesia y rectoría de San Sadurn.

La columna del centro creía que no andaba muy lejos alguna partida, pero ignoraba que la de la izquierda hubiera encontrado su huella. Los sublevados ignoraban tambien que vinieran columnas por distintas sendas; así es que al pasar la columna del centro por «Sabatés» se apercibieron de que sobre su derecha a bastante distancia, se hallaban como unos 50 ó 60 sublevados, quienes a la vez se apercibieron de nuestra aparición, abandonando dos caballos en su precipitada fuga.

No se ha tirado un tiro, porque la distancia no lo permitió y esa circunstancia ha impedido tambien que pudiéramos hacer ningún prisionero, por mas que nuestros hijos han trepado los riscos como los gamos.

Entre las varias cosas que se han encontrado a los caballos abandonados, merece la atención un magnífico uniforme...

Pero si soy demasiado viejo para ser amado por vos, me siento bastante joven aun para ser vuestro amigo, un amigo seguro, desinteresado, activo.

—Sois noble y bueno,—murmuró Fulmen.

—Venís de pedirme,—continuó lord E...—el permiso de serviros, para sostener esa lucha, de la fortuna que os he dado?

—Sí,—balbuceó Fulmen.

—Pues bien!—yo os digo,—contestó el noble lord,—que mi fortuna entera os pertenece, Fulmen, mi fortuna... y mi persona, si puedo serviros.

—¡Oh!—exclamó Fulmen,—vos no sois un hombre, sois el mejor de los genios. ¡Aceptad!

Y añadió en voz baja:

—¡Dios mío! ¡tal vez pueda salvar a Armand!

III.

En la calle de Penthièvre, casi en el arrabal de San Honorato, se levanta un viejo palacio de magestuosa apariencia, cuya puerta cochera se halla coronada de un ancho escudo con esta orgullosa y corta divisa: ¡Semper! es decir: ¡Siempre! Pero la raza aristocrática, bastante atrevida para creer en su eternidad, como lo indicaba esta palabra, había visto sin embargo, a su último miembro bajar a la tumba sin posteridad. Aquella raza era la de los Flars.

El señor baron de Flar-Ruvigny, general de division y jefe de la rama segunda, había fallecido en Marsella, muerto en desalio por el marqués Gontran de Lacy, el señor marqués de Flars-Montgory, jefe de la rama primogénita, había muerto algunas semanas despues en el castillo de Pons. Pero el señor Challambel, hijo adoptivo de este último, había solicitado ardientemente y obtenido del guarda-seños la autorización de tomar el nombre y las armas del hombre cuyo heredero universal era.

Algunos meses despues, como recordarán nuestros lectores, el marqués de Lacy recien se había casado con la baronesa de Mort-Dieu, ya se sabe en qué circunstancias. La silla de posta del señor Challambel se había roto a algunos centenares de pasos del castillo habitado por la joven viuda. Herido y desmayado, el joven había sido transportado a su casa; allí estuvo ocho días, luego quince, luego tres semanas. Despues había

llegado la fatal nueva de la muerte del señor de Verne, aquel hijo adoptivo del difunto baron de Mort-Dieu, aquel hombre a quien la baronesa tenía el encargo de transmitir la fortuna del difunto con detrimento del que llevaba su nombre, titulándose su hijo, aunque no tenía una gota de su sangre en las venas.

La muerte del señor de Verne, como no se habrá olvidado, había sido un rayo para la joven; pero, calmada la primera desesperación, había vuelto la cabeza y visto al Sr. Challambel a sus pies. El se asociaba a su dolor, la hablaba de porvenir y de afecto, se atrevía a balbucear la palabra amor. La señora de Mort-Dieu era joven, no había amado nunca sino a su viejo esposo, se encontraba sola en el mundo y tuvo miedo, por la primera vez, de aquel aislamiento a que se creía destinada. Y luego, el señor Challambel, que en adelante llamaremos el señor de Flars, hablaba un lenguaje lleno de seducciones, la dirigía una mirada abrasadora... La señora de Mort-Dieu había consentido en ser feliz.

Hacia mas de siete años que la baronesa de Mort-Dieu había recibido al pie de los altares el nombre de marquesa de Flars-Montgory. Para ella aquellos siete años habían pasado como un sueño, un sueño de felicidad no interrumpida, sin turbación alguna, sin la menor nube. El señor de Flars era el mejor de los esposos y su mujer le adoraba. La señora de Flars tenía muy cerca de treinta y cinco años, pero el tiempo parecía haberla olvidado. Ninguna arruga había surcado su frente, su sonrisa tenía siempre la frescura de la juventud, su mirada aquella melancolía casi infantil que el difunto baron de Mort-Dieu amaba tanto. Dos hijas, dos niñas mellizas sonrosadas y blancas, hermosas como ángeles del paraíso bajados a la tierra, habían nacido de aquella unión que Dios parecía haber bendecido. Seis meses despues de su casamiento, el señor de Flars había secretamente reembolsado un millón al hijo desheredado, a aquel baron de Mort-Dieu, que era como el compañero de la Espada.

Un año mas tarde se había disuelto la terrible sociedad. Desde este momento la fortuna y la suerte parecían haberse puesto de acuerdo para acompañar y seguir paso a paso al señor Challambel, transformado sucesivamente en marqués de Flars, varias veces millonario, esposo afortunado de

la baronesa de Mort-Dieu y padre de dos encantadoras criaturas.

Esto no era bastante todavía: el marqués de nuevo cuño había llegado a ser el niño mimado de la fortuna política. Era ambicioso, Diputado, orador distinguido, el joven marqués obtenía grandes éxitos de tribuna, defendiendo, cosa bien difícil entonces, el orden de cosas existente. En la primera batalla ganada por su eloquencia, estaba bien seguro de ir a sentarse sobre los bancos del palacio del Luxemburgo.

En la tarde de noviembre de 184... es decir algunos días despues de aquel en que hemos visto a Fulmen reconquistar a lord G... un medio de sus convidados de la Casa de Oro, el marqués de Flars-Montgory, todo París le daba este nombre, salió antes de las doce en su coche de gala. El joven diputado se dirigía a la embajada de... para recibir las insignias de comendador de un orden célebre que el sober no de aquel país acababa de conferirle, y que su embajador estaba encargado de entregarle con el ceremonial acostumbrado. El palacio de la embajada estaba situado al otro lado del Sena, en una calle contigua al palacio legislativo.

El coche del marqués fué detenido por un ligero accidente en el puente de la Concordia; una obstrucción de carruajes obligó al cochero a sujetar el paso de sus caballos, y el marqués, a quien aguardaban a las doce en punto y que sabía que la exactitud es la cortesana de los diplomáticos y de los hombres políticos, mandó a su criado que retrocediese, tomase el malecón y atravesara el puente Real, lo que sería mas breve que esperar el desfile de los demás carruajes. El cochero retrocedió y lanzó sus caballos al galope siguiendo el terraplén de las Tuilleries. Pero a igual distancia de los dos puentes, el brillante equipaje encontró uno de esos odiosos carruajes cargados de hierro que atraviesan a París en todos sentidos con un ruido estridente que ataca el sistema nervioso. Uno de los caballos se asustó, se espantó, perdió la cabeza; las bridas se rompieron entre las manos del cochero y la lanza del carruaje fué a estrellarse contra el parapeto del Real. El caballo espantado se cayó y se rompió una pata. El marqués salió de su carruaje, cuya parte anterior estaba destrozada, un poco conmovido, pero sin ninguna contusión. Cochero, lacayos, nadie había sido herido.

—Decididamente,—murmuró el marqués sacando su reloj,—he nacido con buena estrella.

—Eran las doce menos cuarto.

—Pero no olvidemos,—añadió,—que su excelencia está visible para mí a las doce en punto. A un embajador no se le hace esperar.

Y el marqués, cuidándose poco de un caballo de dos mil escudos que era preciso matar, y menos todavía como hombre rico, de degenerar por una vez a sus hábitos de lujo, se metió en un coche de alquiler que pasaba y dijo al cochero:

—¡Seis luises de propinal! A la embajada de X...

El cochero aplicó sendos latigazos a su alceya y llegó a las doce y cinco minutos.

—¡Cinco minutos de retraso y llegar en coche de alquiler!—pensó el señor de Flars.—Esto es imperdonable... y me voy a ver precisado a contar mi lance al embajador.

Pero el marqués no se había apresurado demasiado a alabar su buena estrella. Un ugrter se llegó a él.

—Su excelencia,—dijo,—gravemente indisputado desde esta noche, suplica al señor marqués que aplace para mañana su audiencia.

—¡Ah! Por ejemplo,—murmuró el marqués,—esto es demasiada suerte.

Al salir del patio de la embajada, entraba un hombre. El marqués estaba en su coche de alquiler, el hombre a pie. Estaba vestido con una larga levita abotonada hasta la barba; y todo en su persona, en su traje, anunciaba costumbres militares. Pero su levita usada y blanqueando en las costuras, su sombrero de color de ala de mosca, sus botas ligeramente descoloradas parecían descubrir una miseria que en vano se trataba de disimular.

Las miradas de aquel hombre y las del marqués se encontraron. El hombre a pie dejó escapar una exclamación de sorpresa. El marqués se estremeció y no pudo reprimir un gesto de descontento.

—¡Voto al chaparral!—dijo el hombre a pie, que hizo señal al cochero para que parase, se acercó y tendió la mano al marqués.—¡Sois vos, Challambel!

El marqués se puso colorado y balbuceó:

—¡Ah, sois vos, baron...!

—Yo mismo, querido marqués.—Dispensadme el que os haya dado vuestro antiguo nombre. Es una vieja costum...



